

HARLEQUIN

Bianca™ JEQUES



Abby Green
UNA NAVIDAD PARA LA NOVIA DEL JEQUE

_____Bianca_____™

UNA NAVIDAD PARA
LA NOVIA DEL JEQUE

Abby Green



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2017 Abby Green

© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Una Navidad para la novia del jeque, n.º 2886 - octubre 2021

Título original: A Christmas Bride for the King

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1105-206-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Prólogo

LA CASTIGADORA ducha de agua caliente que el jeque Salim Ibn Hafiz Al-Noury acababa de darse no había conseguido aliviar el vacío que reinaba en su interior después del encuentro nada satisfactorio que acababa de tener con una de sus amantes. No era culpa de ella, que era una mujer impresionante y que, además, aceptaba que fuese una relación sin ningún tipo de ataduras.

No se relacionaba con mujeres que no aceptasen aquellas normas porque había construido su vida alrededor de una independencia que había cultivado desde que tenía memoria, empezando por distanciarse de su propia familia y su pesada herencia. Se había distanciado también de los dolorosos recuerdos, de los conflictos emocionales y de las relaciones, que solo podían conducir a un sufrimiento insoportable.

Salim y su hermano, Zafir, habían sido educados de manera fría y calculadora, para heredar dos reinos vecinos: Jandor, país en el que había nacido y reinado su padre y en el que ellos habían nacido y crecido junto a la hermana gemela de Salim, Sara; y Tabat, país de origen de su madre.

Los dos países habían estado en guerra durante cientos de años, pero habían llegado a un acuerdo de paz cuando su madre, la princesa de Tabat, se había casado con el nuevo rey de Jandor y estos habían prometido criar a sus

hijos para que gobernasen ambos países de manera que la paz de la zona estuviese siempre asegurada.

Cuando su padre había fallecido, un año antes, Zafir, que era el hijo mayor, se había convertido en el rey de Jandor, lugar en el que siempre se había sentido más a gusto que Salim.

Pero él todavía tenía que subir al trono de Tabat y la presión para que lo hiciera era cada vez más fuerte.

Se puso una toalla alrededor de la cintura, molesto con el rumbo que habían tomado sus pensamientos e ignoró el remordimiento de conciencia que le causaba saber que era una situación con la que tenía que lidiar.

Había evitado hacerlo durante mucho tiempo dedicándose a construir un vasto imperio empresarial, con activos inmobiliarios, de medios de comunicación y altas tecnologías de los que no podía desvincularse tan fácilmente. De los que no quería desvincularse. Y, al mismo tiempo, si era honesto consigo mismo, sabía que por fin había conseguido un nivel de éxito y de seguridad que podían permitirle desvincularse, si tenía que hacerlo.

El vapor de la ducha empezó a desaparecer y Salim se miró al espejo. Por un instante, la cansada expresión de cinismo de su rostro lo sorprendió. Sus ojos azules contrastaban con la oscuridad de su piel, la mandíbula fuerte estaba cubierta por una barba incipiente.

Estudió la estéticamente agradable simetría de sus rasgos sin ninguna satisfacción, le recordaban a otros rasgos, la versión femenina de los suyos. Salvo que aquel rostro estaba congelado en el tiempo, ya que su hermana había fallecido con tan solo once años.

Una parte de Salim se había roto de manera irreparable aquel día: el corazón. Y, con él, cualquier ilusión de invencibilidad o de que el mundo pudiese ser un lugar benigno. Había perdido a su alma gemela con la muerte de Sara y no quería volver a sentir semejante sufrimiento nunca más.

Por un instante, el recuerdo del cuerpo inerte de su hermana y de su rostro tan pálido le cortó la respiración. Y eso que había pasado mucho tiempo. Diecinueve años. Salim había vengado su muerte, pero eso no le había traído la paz, sino un inmenso vacío dentro.

Se agarró al lavabo con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Entonces, un sonido insistente lo sacó de sus pensamientos.

Entró en el dormitorio de su ático de Nueva York y vio la luz de su teléfono móvil, que estaba encima de la mesita de noche, encendida. Lo tomó, vio de quién se trataba y se le encogió el pecho mientras sentía una mezcla de emociones entre las que predominaba la culpa. Se sintió tentado a dejar que saltase el buzón de voz, pero supo que eso solo sería retrasar lo inevitable.

-Hermano. Qué alegría tener noticias tuyas -respondió.

Zafir dejó escapar un gruñido.

-Llevo semanas intentando contactar contigo -le dijo-. Maldita sea, Salim, ¿por qué haces esto? Nos lo estás poniendo muy difícil a todos, incluido a ti mismo.

Salim hizo caso omiso de las palabras de su hermano y contestó:

-Tengo entendido que debo felicitarte. Siento no haber podido ir a la boda.

Zafir suspiró.

-Lo cierto es que no esperaba que vinieras, Salim, pero me habría gustado que conocieras a Kat. Ella quiere conocerte.

El tono de voz de su hermano hizo que a Salim se le encogiese el corazón todavía más. Se había esforzado tanto en apartar de Zafir de su vida que en esos momentos le parecía imposible salvar el abismo que había entre ambos. ¿Y por qué sentía, de repente, la necesidad de hacerlo?

Intentó contener aquel impulso y le dijo que no le debía nada a su hermano, ni a su cuñada, la reina de Jandor, tampoco.

-No tengo tiempo para charlar, Zafir. ¿Por qué me has llamado?

-Sabes muy bien por qué te he llamado. Llevas demasiado tiempo evitando cumplir con tus responsabilidades. En Tabat llevan más de un año esperando a que te conviertas en rey, tal y como estableció el testamento de nuestro padre.

Antes de que a Salim le diese tiempo a reaccionar a aquel preciso resumen de su situación, Zafir continuó hablando.

-Tabat está a punto de hundirse en el caos. No se trata solo de ti, Salim. Son muchas las personas que van a sufrir si no se restaura el orden pronto. Ha llegado el momento de que asumas tu responsabilidad. Eres el rey, te guste o no.

Salim sintió ganas de replicar que no conocía a nadie que tuviese menos de rey que él. Su vida estaba muy alejada de la política y de la realeza. Y él nunca había pedido asumir aquel papel que le habían impuesto desde su nacimiento. Él rechazaba el orden establecido del mismo modo que su hermano lo había aceptado.

-No puedes evitarlo, Salim. Es tu destino y si no te enfrentas a él vas a mancharte las manos de sangre - prosiguió Zafir.

«Su destino». La ira de Salim se disipó al pensar en el destino de su hermana. ¿Había sido este el de fallecer tan joven?

Después de lo que le había ocurrido a Sara, Salim ya no creía en el destino. Él creía que cada persona se construía su propio destino. Eso era lo que él había hecho durante toda la vida.

Miró hacia el horizonte, el sol de finales del otoño se estaba poniendo sobre Manhattan, bañándolo todo de un suave resplandor rosado. Era precioso, pero Salim no se conmovió.

Vio volar un halcón, majestuoso y letal, que giraba la cabeza de un lado a otro en busca de su próxima presa.

Estaba muy lejos de su hábitat natural, pero se había adaptado a la vida de la ciudad como los seres humanos.

Le vino un recuerdo a la memoria, de Sara y él en el desierto, con sus halcones. Sara había levantado el brazo para hacer volar al suyo mientras se burlaba del de Salim y decía que era demasiado vago... Tan feliz, tan inocente...

-¿Salim?

La voz de su hermano rompió el silencio y Salim supo que no podía seguir evitando lo inevitable.

-Está bien -le respondió en tono serio-. Iré a la coronación.

Y al hacerlo se aseguró en silencio que cortaría los lazos con su supuesto destino y con el pasado para siempre.

Capítulo 1

CHARLOTTE Mcquillan fue de un lado a otro del despacho vacío y se miró el reloj por enésima vez. El rey, Salim Ibn Hafiz Al-Noury, o técnicamente el rey, porque sería coronado tres semanas más tarde, ya la había hecho esperar una hora.

Aunque todo el mundo sabía que no quería ser rey y era lo mínimo que había podido esperar de aquel *enfant terrible* que, además, era multimillonario y tenía fama de playboy.

Charlotte conocía la reputación del jeque Salim Ibn Hafiz Al-Noury, pero someramente. Odiaba las revistas del corazón porque había salido en ellas años atrás, como protagonista de un escándalo, pero sabía que el futuro rey era muy guapo y viril, y que tenía la capacidad de convertir todo lo que tocaba en oro.

Tenía fama de conquistador y también de ser un hombre despiadado, y de haber amasado una fortuna y enorme éxito en todos los ámbitos empresariales a los que dedicase su atención.

Charlotte se acercó a una ventana cercana, con vistas a un interminable mar de arena que se extendía bajo el cielo azul. El sol era un llameante orbe y ella se estremeció ligeramente con el aire acondicionado mientras imaginaba lo despiadado que sería su calor sin una sombra en la que cobijarse. Había estado a punto de derretirse mientras iba

desde el avión hasta el coche del jeque que había estado esperándola para llevarla a palacio.

Tenía la piel clara y el pelo rojizo, y nunca le había gustado exponerse demasiado al sol, pero allí estaba. Porque aquella había sido una oportunidad para escapar de Londres justo antes de Navidad y la había querido aprovechar.

Decir que no era su época preferida del año era quedarse corta. Odiaba la Navidad, con todas sus lucecitas y su forzada jovialidad, porque era la época del año en la que todo su mundo se había venido abajo y ella se había dado cuenta de que la felicidad y la seguridad eran solo una ilusión que podía resquebrajarse en cualquier momento.

Y, sin embargo, al mirar por la ventana y ver aquel paisaje tan diferente del de Londres, no se sintió aliviada, sino que sintió una punzada. O, peor, un anhelo.

Porque, a pesar de todo, había una pequeña y traicionera parte de ella que deseaba tener una Navidad como la que se celebraba en las películas románticas y en las postales en las que aparecían familias felices. Ella pasaba el día de Navidad sola, con el rostro cubierto de lágrimas mientras veía por enésima vez *Milagro en la ciudad* o *Qué bello es vivir*, pero ese era un secreto que se llevaría a la tumba.

Se dio la media vuelta e intentó aplacar aquel anhelo y se distrajo estudiando el enorme despacho del rey en el que, si hubiese seguido bien el protocolo, jamás deberían haberla permitido entrar sola. Suspiró.

Debía de haber sido un lugar impresionante tiempo atrás, con sus enormes murales, del suelo al techo, cuyas escenas parecían sacadas de un libro de mitología árabe, pero que en esos momentos estaban bastante descoloridas.

Todo lo que Charlotte había visto hasta el momento de Tabat y de la capital que llevaba el mismo nombre tenía un aire de gloria pasada y abandono, pero la había cautivado con sus pequeñas calles serpenteantes, sus edificios de

piedra y el río que bajaba desde las montañas e iba a desembocar al mar de la vecina Jandor.

Era un país rico en recursos naturales, sobre todo, petróleo, pero sus infraestructuras necesitaban seriamente una modernización, lo mismo que otros aspectos del país, como la educación, el sistema de gobierno, la economía... Necesitaba con urgencia un líder preparado para asumir la titánica tarea de llevarlo al siglo ^{xxi}. Tabat tenía un gran potencial y había que explotarlo.

A ella la había contratado el rey Zafir de Jandor para que asesorase a Salim Al-Noury en el ámbito de la diplomacia y de las relaciones internacionales, pero hacía dos semanas que había aceptado el trabajo y ni el jeque ni nadie habían devuelto sus llamadas ni le habían proporcionado información.

Charlotte volvió a mirarse el reloj. Hacía más de una hora que esperaba y se sentía frustrada y molesta, y cansada del viaje. Se acercó a donde había dejado su maletín, dispuesta a salir de allí y preguntarle a alguien dónde estaba su habitación, pero en ese momento se abrieron las enormes puertas y entró un hombre.

A pesar de que Charlotte había visto fotografías suyas en Internet, el jeque Salim Ibn Hafiz Al-Noury era impresionante en persona e hizo que se quedase sin habla por primera vez en su vida.

Para empezar, era más alto de lo que había imaginado, mucho más alto. Tenía los hombros muy anchos, lo mismo que el pecho, las caderas estrechas y las piernas largas. Eran un hombre grande y Charlotte no se lo había imaginado tan imponente físicamente. Daba una imagen de fuerza y poder.

Llevaba el pelo moreno despeinado y tenía una cara muy guapa a pesar de que no estaba recién afeitado. Tenía los ojos tan azules que Charlotte pensó al verlos en el cielo que había visto por la ventana. Su boca era de una sensualidad